

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 28 de Septiembre de 1899

Núm. 462



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



María Delna

Reuti ger.

¡Levanta, mujer!



Sobrevino entonces una cosa rara. Jorge Levia, el hombre de voluntad tornadiza, inquieta, irresoluta, sintió en su ser energías invencibles, de titán poderoso; amparóse de su espíritu no sé qué fiebre de rabia, y de sus músculos y de sus nervios no sé qué morbosa irritación. Jorge era pequeño; los años no habían hecho más que redondear su figura; poner en su rostro rasgos más enteros; infundir en su mirada más viveza, más caracteres de dominio. Antón Rodríguez era, por lo contrario, alto, casi gigante; recio de musculatura; fornido, velludo; de mano pesada; de muñeca fuerte; de espalda ancha; de complexión sanguínea. Pues pareció que Levia creía cien codos: hirgiósele el busto, frunció el ceño, recogió primero y dilató después la pupila, extendió el brazo é hizo presa en el del Baile:

sacudió la mole humana de éste, como si por una ley psíquica no determinada aún, perdiera de su peso hasta convertirse en pluma, y gritó con el acento imponente, tonante:

—El señorito Jorge no puede convertir en coima á la madre de tus hijos. El señorito Jorge es más honrado que tú.

Y soltándole, con empuje y ademán de soberano desdén, añadió:

—Camina delante. Camina con la cabeza baja, avergonzado de tu obra. Métete las cincuenta mil pesetas en el bolsillo. Y veremos si allá, en presencia de tu mujer y de tus criaturas, eres tan valeroso y tan esforzado... y tan infame.

Nada replicó Antón Rodríguez; echó á andar, como si obedeciese á una consigna, al mandato imperioso del amo y señor: la turbada y sorda revuelta de su sangre sólo se conocía en la indescriptible movilidad de los dedos que iban dando vueltas á la gorra de pieles como si fuera un ovillo. Seguiale Jorge absorto en sus pensamientos, mudo, sombrío, huraño. La brisa se había apagado; las matas no se balanceaban sino de trecho en trecho, heridas por las lagartijas y los saltamontes paseándose al sol; levantaban el vuelo de cuando en cuando los pardillos y los gorriones; cantaban las cigarras descosidamente, y el astro del día abrasaba la atmósfera cayendo desde lo alto, á plomo, sobre la tierra. Todo era inmenso, grande, en aquella soledad: casi no se oía respirar á la Naturaleza. Celebrábase en el ambiente la orgía de la luz...

Llegaron á la casa los dos hombres; acababa Petra de parar los manteles y la sorprendieron en el tráfico de la cocina; Perucho construía en la puerta una especie de reducto arenoso; Toña, cansada de llorar, se había dormido sobre las baldosas como caída de bruces. Dentro reinaba el imponente silencio, la calma y la quietud de fuera.

—¡Angel de Dios, reina mía!—exclamó Jorge levantando con celo paternal á la rapaza, y con tanta dulzura, que no hizo ella más que respirar fuerte al cambiar de lecho y sentir el calorillo amoroso de los brazos, sin despertarse. Perucho no se movió; contentóse con decir á su camarada:

—¡Un castillo! ¡Un castillo para que no entren las hormigas!

Petra se hallaba espumando el puchero, de hinojos, porque el fogón y las hornillas, todo en una pieza, tenía á flor de tierra, en el ancho zaguán. Se levantó apresurada al oír la voz de su huésped y abalanzóse á él como buscando amparo y refugio. Anduvo dos ó tres pasos vacilante con los brazos extendidos, con las manos entrecruzadas, ni más ni menos que si implorase misericordia á un poder sublime para que le sacase de no sé qué amarga y negra tribulación. Dijo:

—¡Señorito Jorge! ¡Señorito Jorge! Eso nó; eso nó, ¿verdad, señorito Jorge, que eso nó?

Levia volvió el rostro sereno, apacible, radiante, y con majestuoso continente dirigió al montaráz de Antón Rodríguez este apóstrofe:

—¿Lo ves, bruto?

El Baile se había sentado en una silla y continuaba hosco, ceñudo; apretaba nerviosamente, con la mano en el bolsillo, el fajo de billetes; Petra tenía los ojos húmedos; la tez encendida en brillante carmin. Siguió rezando tristemente:

—Yo he querido al señorito... le quiero, me parece que es cosa mía; le amo, porque es tan bueno y cariñoso con los hijos de mis entrañas: porque ha avivado en mi corazón el amor de madre; pero ¿eso otro? Nó... nó... ¡nunca!

Y rompió en sollozos entrecortados, llenos de angustia mortal, como si sintiera la pesadumbre y la vergüenza de una falta que no había cometido.

—¡Vaya, no llore más, mujer! —replicó Jorge — Dios sabe que es usted tan inocente del pecado que malició ese rinoceronte como es puro el sueño de esta criatura: Dios sabe también que ni la carne ni el pensamiento han vivido en mí durante mi estancia en el Azul para ninguna hembra, hasta hoy... hoy que ha despertado en mi alma el único idolo suyo, dormido al influjo implacable del dolor.

Y era tanta la sinceridad con que pronunció estas frases, que Antón Rodríguez, en quien obraba aún la sujestión, la voluntad fascinadora de Jorge, se levantó tambaleándose como un borracho, se acercó á su mujer, y alargándole los billetes, gritó conmovido:

—Toma, para ellos; para Toña y Perucho.

Petra exaló un grito agudo, histérico: estrechó á su marido convulsivamente, y siguió llorando con la cabeza apoyada en sus hombros.

Toñica despertaba en aquel instante, ó por un falso balanceo del brazo que la cobijaba ó por las voces, y escudriñando con ojos curiosos la escena, exclamó dirigiendo una manecita á su padre, al mismo tiempo que acariciaba con la otra á Jorge:

—¡Tú malo!... ¡Tú malo!...

* * *

Todas las dudas de su espíritu acabaron de disiparse entonces. Ahora ya veía claro por qué habían batallado constantemente en su conciencia y en su vida la corriente del Mal y la corriente del Bien: no era que le hubiesen condenado á provocar infortunios y tristezas, y que él mismo fuese un paria de la dicha, otro martir sediento para quien no se ofreciera redención posible. Viendo aquella figura trasoñada de Petra, de mujer amante y amorosa, no prostituída, horrorizada de la culpa, tuvo la visión extraordinaria, suprema de su destino en la humanidad: poseía todas las cualidades afectivas, todas las sujestiones para atraer y encadenar á sus semejantes: lo noble de su condición y la dulzura de su sér atraíanle las simpatías vehementes de cuantos le trataban; y los caracteres femeninos de su alma, por tener el espíritu volátil, movedizo, voluble, inquieto, hacían más fuertes é imperiosas las aproximaciones de las hembras y de los niños á la llama de su ternura. Sí, los niños y las mujeres le adoraban; sentíanse entregados al influjo de su afectuosa voluntad; ejercía en ellos, inconscientemente, sin darse cuenta, no sé qué terrible poder de fascinación. Pero no quería él arrastrar á todas aquellas criaturas graciosas y adorables á la sima negra de las pasiones y de las agonías sin fin en que se derrumban los seres humanos. No había querido hacer daño á ninguno de sus amigos jamás. Lo amaba todo y á todos, porque amaba la Creación; amaba, admirándolos, á los soles que ruedan majestuosa y armónicamente por los infinitos del espacio: amaba á las aves canoras y á las hojas de los árboles que hacía murmurar la brisa, entonando en la naturaleza su himno perenne al amor, aquí virgen y tímido más allá salvaje y furioso, en todas partes fuente y origen de belleza y poesía. El dominio absoluto y soberano de su persona no lo había ejercido sinó en una mujer, en su Antonia: la imagen de la viuda volvía á presentársele delante de los ojos, enfrente de Petra, completando la revelación. Su papel de hombre amoroso y enamorado estaba allí, más allá de aquel círculo triste y plomizo de montañas: y no es que tuviera que volver á la brega del mundo, ni que le arrancasen de aquel lugar de olvido apacible, en que creía haber caído aniquilado para siempre, nó: era que absuelto de sus errores y de sus tristezas le llamaban á participar del festín de la vida, de la alegría de vivir, del placer. Por eso se le revelaba en aquel instante supremo dónde estaba la victoria que había buscado inútilmente en su angustiosa peregrinación por el mundo. Acercándose á Petra, murmuró:

—Mujer, perdóname el mal que involuntariamente te he hecho.

Petra contestó con la mirada radiante, con la sonrisa en los labios, alegre, gozosa:

—Nó, el señorito no me ha hecho más que bien: me ha enseñado cómo aman las madres á sus hijos.



J. F. Luján.

Cosas mías y de los otros

Yo ya me he constipado.

Lo cual, aunque ustedes se figuren que no tiene importancia, y que es noticia tan interesante como la que de Silvela se pasee ó deje de pasear por el Retiro, no es para echado en saco roto.



¿Qué si soy española? ¿No lo reza

Ofrece su *intringulis*.

Me pasa á mí con los resfriados lo que al chusco de marras, quien para saber si llovía sacaba la mano fuera del balcón. Me constipo el día en que definitivamente se *pronuncia* en la atmósfera un descenso de temperatura, iniciando el otoño. En cuanto yo estornudo tres veces seguidas, y como consecuencia empapo el pañuelo, ni más ni menos que si le hubiera sumergido en el agua, ya pueden ustedes estar seguros de que se ha marchado el calor.

Y no es porque sea friolero.

Aun vive, y no me dejará mentir, mi prima, mujer de ojazos muy negros, quien viéndome andar por su casa en mangas de camisa durante el invierno crudo, me preguntaba:

—Pero hombre ¿tú cuándo vas á sentir el frío?

A lo que contestaba yo invariablemente:

—Cuándo tú no estés á mi lado y dejes de mirarme.

Sólo que yo tengo esa propiedad barométrica, ó sea esa gracia, como otros tienen la gracia ó la propiedad de curar los dolores de barriga, de imitar al asno ó de gruñir.

De modo que ya pueden ustedes preparar su ropita de abrigo si la tienen desempeñada, y sinó arbitrar recurso para redimirla, deshaciendo el lío del verano.

La única duda que me cabe, si me cabe alguna, que no lo sé, consiste precisamente en que yo he estornudado después de leer las *últimas* declaraciones de López Dominguez.

Declaraciones que no son últimas jamás, sino siempre primeras, como puede verse por sus mismas palabras:

«Mantengo las declaraciones que hice antes de mi salida de Madrid, declaraciones que hice anteriormente en el Senado.»

Conste que eso está muy mal escrito, y no sé si es porque el general no sabe hablar, si es por culpa del gaceti-llero que transmite la noticia, ó si ha salido así por... el mal estado de las líneas telegráficas ó telefónicas. De todos modos tiene gracia. Eso me recuerda lo de aquel catedrático que inauguraba invariablemente sus lecciones así: «decíamos en el curso anterior», y tam-

bién los discursos *coloniales* de don Víctor Balaguer: «Decía en tal tiempo, repitiendo lo expresado en tal otro, que era lo mismo que tuve el honor de exponer en el de la Nanita...» y pasaba á repetir como un papagayo el primer discurso.

Resulta, por tanto, que Balaguer, como el catedrático aludido, como López Domínguez no paren más que una vez, y á descansar: son unos fonógrafos *semovientes*. Con lo dicho cuando las ranas criaban pelo tienen bastante para la celebridad. Necesitan de ese recurso para no morir como los animalillos de las madreporas, en el momento de dar á luz.

Lo único nuevo que ha dicho el general es que en cuanto comience el movimiento político se trasladará á Madrid. Y entonces...

«Entonces, contando con mis amigos, veré si puede hacerse algo para *el* bien de la patria.»

Si; eso es nuevo y *ya* desgraciado. ¿Verá el general si puede hacerse algo para bien de la patria? ¿Pero cuándo ha pedido la patria limosna al general? Ni siquiera cuando disponía aquella célebre expedición al Africa cuidando canarios desde el Ministerio de la Guerra. Entonces todos sabíamos que López Domínguez no humillaba á los moros por su talento militar sinó porque... eran moros: y aun así por poco si se cumple la profecía de aquel que dijo que si las kábilas nos daban un puntapie íbamos á parar á Mallorca sin caer en el agua.

Y lo chusco del caso es que el general no se compromete á socorrernos sinó contando con sus amigos: así cualquiera es espléndido y generoso: contando con el bolsillo de los camaradas, ¡se pueden hacer tantas cosas! Eso es como Polavieja que resulta hombre perdido si no tiene á mano á Mataix.

Aun hace otro pinito López Domínguez: «Si mi voz y mi voto valen algo, empujaré á la juventud llamada á regenerar al país.»

Ni la voz ni el voto: la voz por lo gastada, el voto, porque la patria ya no quiere limosnas ni votos de ustedes. No es eso lo que la patria necesita; ¡pero hombre, es mucho empeño el de todos los que nos han conducido á los desastres y á las infamias obstinándose en dirigirnos!

¡Pues si son como los músicos viejos que sólo conservan el compás y la afición!

¡Cristo, yo soy joven, aunque no sé si de los llamados por la voz de falsete del general, pero no tolero que me empuje, porque no respondo de mantenerme firme!



mi garbo, mi hermosura y gentileza?

La Saeta

No es exagerado que diga yo cómo dudo si me constipó la temperatura ó me constipó López Domínguez. Han coincidido las declaraciones del general y los frescos del otoño.

El contratiempo (¿cómo iba á figurarse López Domínguez que le fuera hacedero ser antípoda?), el contratiempo me tiene dado á todos los demonios. ¿Me habré yo expuesto á padecer una pulmonía por un general? Lo único que me consuela es ver á López Domínguez declarando muy serio que han fracasado todos los partidos de la restauración.

Lo cual no le favorece mucho á él, que ha sido ministro con Sagasta, pero en cambio me venga á mí.

Yo he estornudado tres veces, pero á estas horas Silvela ha soltado toda una letanía de estornudos.

CLAK



M. Andral.

Reutlinger



Cañitas

I

Afirmas que tu querer
por nadie lo has doblegado...
¡Mira el sol, es siempre el mismo
y á veces está nublado!...

II

¡Virgen de la Soledad,
las lágrimas de mi madre
que las pueda yo enjugar!..

III

Tus ojitos con los míos
qué uniones hacen más santas.
Cuando les pregunto:—¿Quieres?
siempre me responden:—¡Habla...!

IV

No puede quererte bien ..
¡Que yo te he visto llorar
por lo que te dió á entender!...

— ¿Cuál eligen de las cuatro?

J. ENRIQUE DOTRES

El desafío

Era muy celoso. Tenía celos del aire que la envolvía, abrazándola impunemente y descomponiendo sus cabellos en ondas caprichosas; de los rayos del sol que caían sobre ella, estampando en su semblante un beso de fuego; del pajarillo que, allá, en la selva, entonaba sus trinos melodiosos, y que á él se le antojaban quejas de amores proferidas por algún príncipe encantado, en forma de avecilla, y cuyo encanto sólo podía deshacerse obteniendo el sí de la pastora; de los argentados rayos de la luna que, al llegar la noche, envolvían aquel cuerpo adorado, como queriendo arrebatársela y haciendo resaltar la blancura de su tez...

¿Qué le pasa al pastorcillo? Su paso es inseguro, vacilante, y su rostro refleja honda preocupación, mientras el adusto ceño que en él se nota, da á comprender el estado de su espíritu... ¿Qué le pasa al pastorcillo?... ¡Oh! Tiene celos, y esta vez bien fundados. ¿De quién? Del arroyuelo que por la pradera se desliza murmurando y repartiendo besos á las florecillas que á su lado crecen, después de lo cual, prosigue su camino haciendo giros y más giros, y dando saltos y más saltos como niño revoltoso. La tarde anterior, cuando el sol empezaba á esconderse tras las montañas vecinas, mientras las ovejas regresaban á sus apriscos alegres y juguetonas, y los pajarillos lanzando sus últimos gorjeos, buscaban ya el amoroso nido en el que las crías aguardan afanosamente su llegada; cuando todo era alegría y sosiego en natura, el pastorcillo presenció una escena inaudita. Ella: la mujer por quien empezando en enamorado había concluído en loco; ella, que caminaba bastante apartada de él, se dirigió al arroyuelo, é hincando sus rodillas en tierra, estampó un beso en la límpida corriente que se agitó estremecida, efecto, sin duda, de lo que debió sentir, allá en el fondo, el genio de las aguas, mientras un círculo, que en la superficie se había formado, se fué estrechando poco á poco aprisionando por fin la boca de la hermosa que se levantó con el rostro encendido. El sintió algo así como si le desgarrasen las entrañas, y sin decir nada á la pastora, siguió su camino hasta la choza, en donde á solas, durante el silencio de la noche, dió rienda suelta á su dolor, empapando el pobre lecho con amargo llanto...

¡Mira! qué hermosura! Torna el sol á aparecer, esplendente, con nuevas galas y faz risueña, como

saludando con cariño al valle á quien alumbra; se escucha el estrepitoso bullicio de las aves, que cantan su diana eterna, sin que haya una sola que desafíe en el delicioso concierto; las flores sacuden el rocío impulsadas por la brisa matinal... la naturaleza despierta... la naturaleza sonríe al recibir el beso del sol, esponjándose y abriéndose como una flor inconmensurable á su influjo...

¡Miradle! Allí avanza el pastorcillo con dirección al río dirigiéndole miradas de odio; miradas que son como el rayo que funde, miradas terribles que penetran en el enemigo más hondo que el acero homicida. Llega á cierta distancia y poniendo una piedra en la honda la despide con toda la fuerza de su brazo, y con tan buen acierto, que va á dar en plena corriente. Quiso la casualidad, que en aquel momento atravesase el río un hermoso mastín, en cuya cabeza dió el pedrusco, abriendo en ella ancha herida y haciendo que el animal se fuese á fondo, lanzando un débil ahullido y dejando la superficie teñida de rojo. Oyó él algo así como un lamento y llegó al río á la carrera... la vista de la sangre acabó de enloquecer su ya calenturienta razón. Desnudó el ancho cuchillo de monte, y lanzóse á la corriente que se abrió un momento para dar paso á su cuerpo, y que luego, siguió su camino murmurando, haciendo giros y más giros, y dando saltos y más saltos como niño revoltoso, mientras el pastorcillo se debatía rasgando las aguas con su puñal...



A tomar el último.

Luis AGUDO

Recuerdo

(PÁRRAFOS DE UNA CARTA.)

Sí, quiero,—dijiste: y acaso al pronunciarlo saboreaste ya la indeleble impresión de mis labios sobre los tuyos, de mi amor penetrándose por entero de tu sér, de una dicha, fugaz como todas, pero infinita en goces. Quisiera recordar tu misma frase:—«Será el sello con que marcarás mi boca»—dijiste—«Tu beso me hará tu esclava».....

..... Cerraba ya la noche cuando llegué. El cielo se cubría de densas nubes, y en el confín del horizonte amenazaba tormenta. Temí que no vinieses; que temerosa de la sociedad sacrificaras tu amor á las preocupaciones vulgares. Mas ¿qué importaba el mundo?

Lo cierto es que íbamos allí á escondernos para que el mundo no nos viera.....

..... Por fin el dulce acento de tu voz hundió los aires pronunciando mi nombre con ternura. Juntos pisamos la menuda hierba.

Retumbó de pronto el trueno; desgajáronse las nubes y la tempestad se impuso con todos sus furores.

El cielo parecía querer desprenderse del peso de su grandeza. ...

..... Amedrentada por el espectáculo te acogiste á mí, buscando asilo en el amor. Teniéndote en mis brazos, no sé si por desdicha recordé tus palabras, y al acercar mis labios, tú también acercaste los tuyos temblorosos...

..... Entonces lució de improviso el relámpago, y desuniendo nuestras bocas, nos miramos espantados. La luz nos había sorprendido.

Pasó al instante. Mas ¿guardará el secreto?.....

..... Hoy que llegaba, después de tanto tiempo, ansioso de tu cariño, la tormenta ha salido á recibirme y el viento ha murmurado en mi oído y ha hecho flotar mis húmedos cabellos.

Y al recibir las tristes nuevas que el huracán traía, mezcladas en sus ráfagas he oído canciones y risas, y te he oído pronunciar otro nombre, nó el mío, con trémula voz.

Sí, ten cuidado: que la tormenta ruge. No vaya el relámpago á descubrir tu triste condición de esclava.....

FLOR DE LISADO



— Subir hasta aquí, cansa.
— Más cansan otras cosas y las hacemos por gusto



Los dos amigos.



Pernyn.

Reutlinger.

Mal de muchos...

La peste bubónica en Portugal está motivando graves desórdenes. Los portugueses demuestran bien á las claras que son los más atrasados del globo.

Para probar mi aserto no hay más que leer la prensa y ver lo que hacen los de Oporto con las brigadas sanitarias encargadas de la desinfección de las casas donde mueren apestados.

Ver á los que se desvelan por el saneamiento de la población y apedrearlos, es todo uno.

Como ven mis lectores si en España somos un pueblo atrasado los portugueses, están en este punto á diez palmos de nosotros.

En su afán de ser los más grandes del universo en todo, se oponen resueltamente á que las auto-



I — Voy á decir señoras,
el gran procedimiento,

para casar al hombre
'y hacer que quede memo.

ridades eviten la propagación de la peste bubónica; les pasa lo que á los chicos mal educados que se resisten pateando cuando quieren lavarles la cara.

Creo que á nuestros finchados vecinos les ocurrirá lo que á una patrona que tuve al principio de estar en Barcelona.

Me llamaba sucio porque me daba un baño diario y me lavaba la cara con jabón.

Y en cuanto á su limpieza personal decía con orgulloso acento:

—En la vida me he lavado yo los pies.

Y había que creerla, porque la cara la tenía siempre bastante sucia, á pesar de estar tan á la vista. Coincidiendo con mi antigua patrona dirán los portugueses:

—Nunca se ha limpiado aquí nada. ¿Y ahora lo vamos á limpiar, porque hay peste bubónica? Los desinfectantes huelen muy mal y nosotros tenemos muy *delicado* el olfato.

A la hora en que escribo estas líneas no tengo noticias de que haya sido cogido y estropeado nin-



II. — Precisa rodearse
de gracia y de misterio,

fingiendo indiferencia
cuando se acerquen tercios.

La Saeta

gún torero. Esto indudablemente traerá unos días de descanso para la prensa y para los lectores. Hemos llevado buen número de días en que los periódicos no hablaron de otra cosa si no del estado del *Tripitas*, del *Colgajos* ó del *Monaguillo* cogidos en tal ó cual plaza.

Y lo que ha dado juego de veras ha sido la cogida de Reverte.

A todas horas publicaban los periódicos los más minuciosos detalles.

—Reverte ha respirado... Reverte está gravísimo... Reverte mejora... Reverte se muere... Reverte...

Confieso que me ha salido un Reverte en la boca del estómago.

Y mientras hablábamos de esto; mientras nos preocupaba el número de pulsaciones del torero herido, llegaron á Barcelona los héroes de Baler y nadie les hizo caso excepción hecha de cuatro amigos que los obsequiaron como se merecían...

La prensa ó no dió, ó fué tardía en dar noticia de la llegada de los soldados españoles.

Verdad es que después de todo, lo de Reverte tenía más importancia y el público se desvivía por recibir nuevas noticias.— A más ¿quiénes eran esos de Baler? ¿Qué representaban. qué habían hecho?



III. — Hay que mirar llamándole
cuando se encuentre lejos,

y cuando esté muy cerca,
conviene darle celos.

¿Ser los únicos descendientes dignos del Cid, los más bravos de nuestro ejército?
¡Bah! ¡Bah! Al fin y al cabo no hicieron más que cumplir con su deber. Para eso los mandó allí la patria: para que fueran valientes hasta el heroísmo.
En cambio Reverte... sin él y otros como él ¿qué sería de la fiesta nacional?

RAFAEL RUIZ LOPEZ.

◆
* * *

Me levanté con un alma
que era toda mi riqueza;
tú pasaste, y por la noche
me volví a mi lecho huérfana.

Yo reía y tú llorabas,
¡cuán fresca no era mi risa!...
hubo un cambio de papeles:
yo lloraba y tú reías.

Me gusta el cielo azul,
me gusta el mar tranquilo,
de ellos la soledad:
¿dónde hay mejor amigo?

CARLOS SAMUEL



IV. — Si veis que se incomodan
y no hay otro remedio,

podréis acariciarle,
poquito pero a tiempo.

De tal palo tal astilla

(UN DRAMA COMO HAY MUCHOS)

—Nada, todo lo que hablemos sobre este asunto, es tiempo perdido.

—Pero don Pedro, comprenda usted...

—No te canses. Te he repetido mil veces que aunque tuvieras más oro que pesas, no he de consentir que mi hija se case contigo.

—¿Esa es su última palabra?

—Sí, la última.



V. — No temáis que rabiosos
daño puedan haceros;

son de algodón sus balas,
y las tiran con tiento.

—Bueno, pues tenga usted muy presente que si Emilia no es mi mujer, no lo será de otro. ¡Por estas!... — dijo el mozo haciendo la cruz y besándola.

Y añadió:

—Le juro á usted que va á ocurrir una catástrofe.

—¡Granuja!

—Tenga la lengua y no me insulte... pues ¡aunque sea el padre de Emilia...!

—¿Qué harías? ¿Matarme? ¡Valiente hazaña para el hijo de un asesino!

Andrés, ciego de coraje, echó mano al bolsillo de la chaqueta, sacó una faca, y hubiera cometido un crimen, á no impedirlo varias personas, quienes atraídas por las voces de ambos, acudieron al lugar de la disputa.

—¡A la cárcel!—decían unos.



VI. — Cuando esté á vuestro lado
mirad á otros primero,

y darle una esperanza
cuando sufra un infierno.

—¡Ha querido matar al alcalde—añadían otros.

Y á no ser por el mismo don Pedro que intercedió para que le soltaran, no lo hubiera pasado muy bien el atrevido mozo.

Ya hacia tiempo que Andrés requería de amores á Emilia, sin que aquélla le correspondiera.

La joven quería á un primo suyo, muchacho simpático y trabajador, que estaba *serviendo* al rey y con el que habia de casarse en cuanto tomara el *canuto* con la licencia.

Además, Andrés luchaba con una dificultad para hacerse querer de cualquier moza del pueblo. Su padre el *tío Malasangre*, como le llamaban á causa de su genio irascible, habia sido ahorcado en la capital de la provincia, por haber dado muerte á un amigo suyo.

Era el único crimen que se registraba entre aquellos pacíficos aldeanos: y aunque los hi-



VII. — Y le veréis, señoras,
en vuestras redes preso,

siguiéndoos con constancia
y dócil como un perro.

jos no son responsables de las faltas cometidas por los padres, miraban al huérfano con recelo sus paisanos. Decía la gente comentando la mala conducta de Andrés.

—«No lo dudéis: de tal palo tal astilla.»

Don Pedro Aldaba, alcalde del pueblo, quien dicho sea entre paréntesis, era una bella persona muy querido de todos los vecinos, había llamado repetidas veces al hijo del *tío Mala-sangre*, con objeto de darle trabajo en sus haciendas y al mismo tiempo para apartarle de malas compañías.

Todos sus esfuerzos resultaron estériles, y ya hemos visto como comprendía el agradecimiento aquel corazón pervertido y desgastado en tabernas y garitos.

Desde el incidente ocurrido entre el alcalde y el hijo del ajusticiado, nada se había vuelto á saber del mozo; todo el mundo ignoraba su paradero.

«¡Vivan los novios! ¡Viva el padrino!»— voceaba la gente del pueblo agolpándose á la puerta de la casa.

—Gracias, muchachos, muchas gracias, — respondía el alcalde con emocionada voz.

A la noche — agregó — tendréis baile en la plaza y podréis beber todo el vino que queráis en la taberna del *Curro*, Yo pago.

—¡Chiquios!—dijo uno. ¡Viva el alcalde!

—¡Vivaaaa!—respondieron los demás.

Y en perspectiva de la próxima *juerga* fueron abandonando la calle poco á poco.

Sonaron las nueve y los novios, acompañados del padre de Emilia, se dirigieron á su nueva morada.

No habían dado cincuenta pasos, cuando se les acercó un mendigo implorando limosna.

Al escuchar su voz, don Pedro dió un paso atrás, exclamando:

—¡Andrés!

—Sí, yo soy, vengo á cumplir mi palabra.

Y rápido como un relámpago, se arrojó sobre el esposo de Emilia asestándole en el pecho una terrible puñalada.

El infeliz quedó muerto en el acto. Padre é hija estaban mudos de terror, y aun no habían vuelto de su sorpresa, cuando Andrés, dirigiéndose al alcalde, le dijo con repugnante cinismo:

—¡Ya puedes mandar que me ahorquen; justo es que si mi padre murió en un patíbulo, yo, su hijo, deba seguir la misma suerte! ¡Se ha cumplido el estribillo que tantas veces me han arrojado á la cara! «¡De tal palo tal astilla!»

Y lanzando una estridente carcajada huyó aceleradamente en dirección á los campos montañosos.

ENRIQUE ASENSI

Intima

Cuando nos casemos
no estará ni madre:
¡mira tú qué pena,
¡qué pena tan grande!
No estará mi madre,
que la pobre ha muerto:
¡mira tú qué mezcla
de alegría y duelo!

F. CUENCA PI

EN EL ASIA



La reina de la tribu.



MISCELANEA



Sátiras

Hace algunos años, no muchos, se codeaba *voquiblemente*, un periodista, que *ha logrado ser conocido*, con ilustres escritores. Regresaba de América y había pasado por Madrid. Iba muy peripuesto: americana azul y chistera. Me decía en el Paseo de Gracia una noche de verano: en casa de Emilita (la Pardo Bazán) le he dicho á Clarín: Créeme Leopoldito: ese camino no conduce á la gloria sinó por el martirio y la crucifixión. (No recuerdo bien, pero aseguraría que aun no lo dijo tan elegantemente.) ¿Pues y Armandito Palacio Valdés? ¡Ah, ese como siga mis consejos será un gran hombre. (No dijo gran, dijo grande, porque ni entonces ni ahora ha logrado ponerse á tiro de la gramática)

Todos le conocen: este protector de los genios ha hecho carrera arrimándose á la cola de los caballos de la política: y ha escrito artículos sensacionales, y hasta novelas: pero ¿es escritor? ¡Bah! es un fátuo.

Cuando ese tonto daba consejos á Leopoldito, hacía años que yo desde mi pueblo, un pueblo insignificante, admiraba á Clarín. Le había leído sin duda más que el hoy distinguido periodista y entonces famoso *repatriado* de América.

¡Calculen ustedes con qué pasmo oí semejantes palabras!

Sin embargo, no le miré por debajo del hombro, lo juro.

He recordado esta nota, casi perdida en la nebulosa de mis recuerdos, al enterarme de que hay quien habla de tú á Silvela y se cree circundado de nubes olímpicas cuando dirige compasivamente los ojos á hombres como Salmerón

Y he vuelto á asombrarme y he dicho: en un país donde Leopoldito recibe consejos de un babeiaca ¿á que no vá Salmerón á saber limpiarme los zapatos?

¡Juventud! ¡Juventud! no seas vana.

TIRÓN



En un picadero se presenta un joven para dar un paseo.

El encargado exige el pago adelantado:

—¿Cómo se entiende!—exclama el joven:—¿teme usted que vuelva sin el caballo?

—Nó, señor; lo que temo es que el caballo vuelva sin usted.



CHARADA

Mi buena amiga Rosario: cuando leas esta carta, estaré lejos de tí por culpa de la desgracia que le aflige á la primita de la buena doña Blasa. La pobre está *tercia prima*, que es enfermedad muy mala, y como está en la *dos prima* á *dos una*, voy á hallarla. Verdad que me han afirmado que los gastos *dos* los pagan. Porque sinó... ¡á cualquier hora hago travesías largas!... Aun recuerdo el primer *Todo* y ya es de época lejana...

MORENO.

Cuadrado

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Substituir los puntos por letras que, léidas horizontal y verticalmente, expresen: 1.º, animal mamífero; 2.º, ciudad del Africa; 3.º, animal mamífero y 4.º, mujer de la familia de Jacob.

A. ARROYO MANJÓN.



Tercio silábico

* * * * *
* * * * *
* * * * *

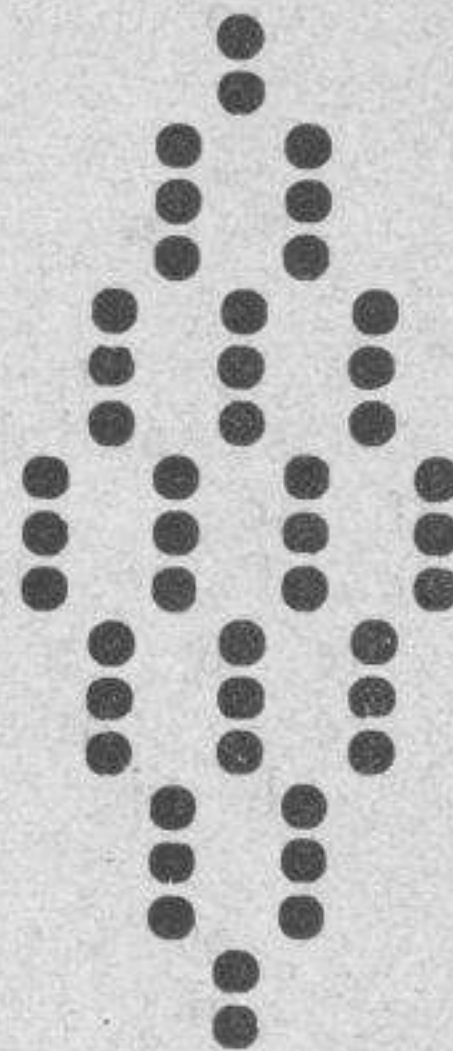
Substituir las estrellitas por letras, de forma que resulten: 1.ª línea, utensilio para escribir; y 2.ª y 3.ª líneas, nombres de mujer.

F. JOTAPÉ.



Acertijo jeroglífico

Colocar letras en los puntos de manera que, por su sola pronunciación, expresen horizontalmente lo siguiente:



- Canción popular.
- Pronombre.
- Astilla resinosa.
- Nombre familiar.
- En los seminarios.
- Divinidad pagana.
- Estudiante.
- Abertura.
- Grasa.
- Deseo.
- Tiempo de verbo
- Anciano presumido.
- Fruta.
- Incredulo.
- Decena.
- Mancha cutánea.
- Niño ó tiempo de verbo.
- Bebida.
- Preposición.

IGNACIO CANAS.



Jeroglífico comprimido

DO

PERROTA

M. Boj.



Soluciones á lo insertado en el número anterior

CHARADA. — Camarote.

CUADRADO. — $\left. \begin{array}{r} 3542 \\ 2651 \\ 6116 \\ 3245 \end{array} \right\} = 14$

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO. — Lo de arriba irá abajo

ENCASILLADO. — MA TO

RI

GA NO

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Benita.

Correspondencia

A. R. — Flojos, flojísimos.
Cebedo. — ¡Caramba!

«Yo no puedo comprender
cómo te he querido tanto
y cómo está siempre el llanto
en el amor de la mujer.»

Pues figúrese, si usted mismo no puede comprenderlo, lo que nos ocurrirá al público y á mí que no estamos en el secreto. ¡Quisiera ver al diablo, que es tan ducho en urdir enredos, explicando esos disparates de los poetas tontos!

E. L. de M. — Francamente, no me gustan.

Z. Z. — «Salió la luna
cogí el sombrero
y le dije, gracias,
si tardas más me constipo.»

¿Tan alto cuelga usted sus prendas, amigo? Había visto comparar la luna á todo, hasta á un tomate verde; ¡pero convertirla en percha! nada, que ustedes, los poetas naturalistas-simbólico-modernistas están dejando á los poetas bucólicos tamañitos. ¡Clarol! ¡Con un brazo así como el de usted!

Turco. — Eres turco, y no te creo.

N. R. C. — «Señor Director; pida usted lo que quiera si...» Se supone, si lo publico.

Voy siguiendo la pista á una doncella
tan rica como bella...

En cuanto dé usted con ella, avíseme; me quedo con la bella ó con la rica, como usted guste; y si anda usted vacilando ¡qué demonio! lo decidiremos á cara ó cruz.

S. M. L. — «Solo no se acentúa.» Sí, señor, se acentúa, aunque á veces esté reñido con el acento. Por ejemplo. *Sólo* á usted se le ocurre darme un solo de puntuación en cuatro carillas; eso no es posible sinó en usted solo, que indudablemente no se ha dado ningún paseíto por la escuela.

R. M. R. — ¡Viva mi niña!

«Ponte la camisa, Juana
y no consientas que el sol
te encuentre en ropa liviana...»

Nó, Juana; no consientas que el astro del día se pierda como cualquier mozalbeta: al fin y al cabo es padre, y viejo. Las constelaciones protestarían... y ¡pobre, pobre de tii! Acudirían todos los soles á tu balcón para... execrarte. ¡Tiemblo pensando en el cataclismo que se nos echaba encima!

E. A. — Nada. Se le envía. Acuse su recepción. ¿Sabe usted que en los versos no acaba de convenirme?

S. L. — Empieza así su cuento rápido:

«Yo tengo un perro que ladra...»

¿De modo que ladra su perro de usted? ¡Qué demonio, hombre, qué demonio! ¿Por qué no envía usted una memoria á la Academia de Ciencias? Diga, ¿no tiene ningún gato? Lo pregunto porque así sabríamos si el gato de usted maya como todos los demás.

J. C. — Entran en turno.

Fenómeno. — Soneto.

«Desátase la imponente tempestad
en revuelto torbellino»

Usted ha visto con los puños crispados á «Sin Vela» á «¿Dudan y Vas?» y á «Ciudad Azul» ¿no?

«Desencadénase el huracán
en montañas de granito»

Ahí anda la mano de «A Pi Dale», ó la de «Mátalas callando» después de un estornudo.

«Se esconde el Sol por detrás de las nubes»

¡Anda, salero! Usted hace todo lo contrario que R. M. A.; éste convierte al sol en viejo libertino, en sátiro, y usted lo hace esteta.

«Los cóncavos infiernos se dilatan
y arden en las calderas infernales
multitud de criaturas humanas»

Usted no me la dá á mí. Usted acaba de leer el manifiesto de «Ponla Nueva», y se ha sentido tan inspirado como él.

H. de la M. — Al cesto.

S. V. — ¿Pues sabe que si empieza usted así, empieza como acaban los burros, rebuznando?

Ignotus. — Entre usted, y yo:

Usted. — «Caminaba mansamente
por la orillita del río,
cuando veo de repente
que se pone delante de mí mi tío...»

Yo. — Y el bueno de su pariente
con ceño duro y airado
le dice á usted, «¡mal sobrino!
¿quién demonio te ha enseñado
que ha de heredarme un pollino?»

J. C. de S. -- Se publicarán.

S. M. D. — ¿Cómo les he de decir á ustedes que un cantar no se encierra en cuatro versos rimados con más ó menos soltura? Para cantar no basta salirse por peteneras. Los cantares y los sonetos fueron invención del diablo para martirio de ustedes y para que me aburran y me den la lata á mí.

M. E. — A la estrella le falta un radio. No sirve.

Alegria. — Bueno, pásese cuando guste por mi casa, pero le advierto que tengo en la puerta un veterinario de guardia, el cual no deja que entre ningún poeta sin reconocerle antes la edad.

M. P. — Tiene usted un apellido sospechoso.

R. V. de S. — «Estoy seguro de que Laura se ha enamorado de mí...»

¡Pues anda con ella, valientel

G. D. O. — S. T. — A. F. N. — Intruso. — M. M. F. — Pítima. — El otro — E. G. S. — Petrarca. — D. N. C. — Ni gracia, ni talento, ni ná, lo que se llama ná ¡caracoles!

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año. 17 »
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





20 cénts.

Núm. 463

